

(Escuela de Gobierno y Centro de Estudios Justicia y Sociedad) La lógica de las manzanas podridas



Catalina Droppelmann

Centro UC Justicia y Sociedad y Escuela de Gobierno UC

El 1 de octubre terminó en Abu Dabi el 15° Congreso de la ONU sobre Prevención del Delito y Justicia Penal, con 97 países y más de 32 ministros de Justicia e Interior. El resultado fue la Declaración de Abu Dabi, que fija por cinco años las prioridades globales en justicia penal, y la lucha contra la corrupción está entre ellas. El eje de la discusión estuvo puesto en el hecho de que sin instituciones íntegras no hay justicia posible.

Los hechos recientes en Chile confirman la urgencia de esta agenda. En septiembre, la declaración de un exministro de Justicia en el marco del caso Hermosilla volvió a evidenciar presiones indebidas en los nombramientos judiciales, incluidas algunas atribuidas a una exintegrante de la Corte Suprema hoy imputada.

A ello se sumaron nuevas investigaciones por cohecho, fraude al fisco y lavado de activos que involucran a funcionarios de Gendarmería, tanto al interior de los recintos penitenciarios como en los procesos de compra. La corrupción recorre la cadena completa de la justicia penal, desde quién llega a la Corte Suprema hasta quién entra a la cárcel.

La respuesta habitual a estos casos consiste en identificar y sancionar a los responsables individuales, es decir la metáfora de las manzanas podridas. Si bien dicha persecución resulta indispensable, es insuficiente. La corrupción prospera donde el poder se ejerce con poca transparencia, se negocia en zonas grises y se supervisa de forma débil.

Ocurre en los nombramientos judiciales que dependen de redes y favores, y en cárceles donde pocos funcionarios mal pagados deben mantener el orden entre muchos internos, a menudo con redes criminales ofreciendo dinero. Mirar solo al individuo oculta la responsabilidad del Estado, su mala gestión, la falta de inversión y los diseños

La salida pasa por construir integridad, no solo castigar. Eso significa nombramientos con criterios técnicos y públicos, control independiente, buenas condiciones laborales y formación ética. La Declaración de Abu Dabi entrega un marco y un plazo; sólo queda pendiente asegurar que Chile lo utilice para reformar sus instituciones y asegurar la integridad y el buen gobierno de las instituciones que se hacen cargo de la seguridad y de la justicia en nuestro país.

Sin patines



Pablo Eguiguren F.
Libertad y Desarrollo

En 2012, un artículo de Harvard mostraba que Chile, según los resultados de pruebas internacionales entre 1995 y 2009, era el segundo país del mundo con mayores avances en los aprendizajes de sus estudiantes (Hanushek, Peterson y Woessmann, 2012). Pese a las protestas estudiantiles lideradas en esa época por Jackson, Vallejo y Boric, en educación escolar el país era un modelo a seguir. Llegó el 2014, la segunda administración Bachelet, la gratuidad universitaria, Eyzaguirre y “los patines”. Las malas ideas tienen consecuencias y Chile pasó de ser un ejemplo a, desde 2015, solo acumular caídas en la prueba PISA. Si bien el sistema ha seguido convergiendo con la OCDE —solo porque esta cayó más—, lo hace mucho más lento: si entre 2000 y 2015 la brecha se redujo en 52 puntos en el test de lectura, entre 2015 y 2025 solo cayó ocho. En 2015, 49% de los alumnos en Chile no lograba las competencias básicas en matemáticas; en 2025 subió a 59%.

Un dato preocupante es que los estudiantes de alto rendimiento en Chile están retrocediendo. Si bien ya eran pocos, los alumnos de mayor desempeño en matemáticas se redujeron a la tercera parte. Lo mismo pasó entre los de mayor nivel socioeconómico. Esas caídas fueron mucho menores en los países OCDE. Aunque es difícil demostrar causalidad, muchas de las políticas de hace una década apuntaron a disminuir la competencia y ello puede explicar parte de la baja. Veamos. Primero, tras el fin de la selección, los liceos emblemáticos se deterioraron con repercusiones en todo el sistema. Por más de un siglo, miles de niños estudiaban para ingresar al Instituto Nacional. En 2010 había madres haciendo filas en el Mineduc para conseguir alguna vacante ahí. Hoy, si existe alguna fila, es para abandonarlo. Segundo, los colegios particulares pagados están más cómodos porque su competencia natural, los subvencionados de alto copago, no solo no pueden

cobrar, sino que tampoco pueden abrir nuevos cursos ni crear otros establecimientos. Es decir, cero presión por ser un proyecto más atractivo para las familias. A su vez, los subvencionados tampoco tienen incentivos a mejorar: no pueden crecer y la educación estatal no parece ser una alternativa válida. Y no se debe olvidar que, en muchos casos, es el azar quien decide dónde estudia cada niño. Finalmente, la Ley de Aseguramiento de la Calidad, aprobada en 2011, estableció el cierre de establecimientos de mal desempeño reiterado, pero nunca se ha aplicado. Así, hay alumnos que siguen asistiendo a escuelas que no entregan los conocimientos mínimos que establece y paga el Estado. Se les quitaron los patines a los que iban adelante con la promesa de que el resto avanzaría. Una década después nadie parece estar progresando y los estudiantes no pueden desarrollar sus talentos y planes de vida.

“Una década después, nadie parece estar progresando y los estudiantes no pueden desarrollar sus talentos y planes de vida”.



Catalina Droppelmann
Centro UC Justicia y Sociedad y Escuela de Gobierno UC

La lógica de las manzanas podridas

El 1 de octubre terminó en Abu Dabi el 15º Congreso de la ONU sobre Prevención del Delito y Justicia Penal, con 97 países y más de 32 ministros de Justicia e Interior. El resultado fue la Declaración de Abu Dabi, que fija por cinco años las prioridades globales en justicia penal, y la lucha contra la corrupción está entre ellas. El eje de la discusión estuvo puesto en el hecho de que sin instituciones íntegras no hay justicia posible. Los hechos recientes en Chile confirman la urgencia de esta agenda. En septiembre, la declaración de un exministro de Justicia en el marco del caso Hermsilla volvió a evidenciar presiones indebidas en los nombramientos judiciales, incluidas algunas atribuidas a una integrante de la Corte Suprema hoy imputada. A ello se sumaron nuevas investigaciones por cohecho, fraude al fisco y lavado de activos que involucran a funcionarios de Gendarmería, tanto al interior de los recintos penitenciarios como en los procesos de compra. La corrupción recorre la cadena completa de la justicia penal, desde quién llega a la Corte Suprema hasta quién entra a la cárcel. La respuesta habitual a estos casos consiste en identificar y sancionar a los responsables individuales, es decir la metáfora de las manzanas podridas. Si bien dicha persecución resulta indispensable, es insuficiente. La corrupción prospera donde el poder se ejerce con poca transparencia, se negocia en zonas grises y se supervisa de forma débil. Ocurre en los nombramientos judiciales que dependen de redes y favores, y en cárceles donde pocos funcionarios mal pagados deben mantener el orden entre muchos internos, a menudo con redes criminales ofreciendo dinero. Mirar solo al individuo oculta la responsabilidad del Estado, su mala gestión, la falta de inversión y los diseños institucionales que dejan espacio al arreglo informal. La salida pasa por construir integridad, no solo castigar. Eso significa nombramientos con criterios técnicos y públicos, control independiente, buenas condiciones laborales y formación ética. La Declaración de Abu Dabi entrega un marco y un plazo; sólo queda pendiente asegurar que Chile lo utilice para reformar sus instituciones y asegurar la integridad y el buen gobierno de las instituciones que se hacen cargo de la seguridad y de la justicia en nuestro país.

IA: ¿Puede aún un dios salvarnos?



Cristina Crichton
Directora Dpto. de Filosofía de la Facultad de Artes Liberales UAI

En 1966, Martin Heidegger dijo, en una entrevista con Der Spiegel, una frase enigmática: “Solo un dios puede aún salvarnos”. La entrevista se publicó diez años después, en 1976. Este año, la Sociedad Británica de Fenomenología reunió a estudiosos de su obra para convertir dicha afirmación en pregunta y pensar qué puede decirnos hoy, en plena era de la inteligencia artificial. Para Heidegger, el problema de la técnica moderna no reside simplemente en las máquinas. Su tesis se sitúa en un plano más profundo: la técnica constituye un modo en que vemos la realidad. Bajo su dominio, las cosas tienden a aparecer como disponibles, calculables y manipulables, incluido el propio ser humano. El mayor peligro es que este modo de ver termine convirtiéndose en el único, lo cual ocurre cuando nos olvidamos de que somos capaces de abrir otras formas de relación con las cosas, los otros y el mundo. ¿Cómo ejercer esta capacidad? Solo

poniendo en cuestión la comprensión de lo humano que subyace a este modo técnico: la del ser humano como centro y medida de la realidad, capaz de dominarla y controlarla mediante una racionalidad calculante e instrumental que, si bien es necesaria para la vida humana, expresa solo una de sus dimensiones. Pero ¿cómo ponerla en cuestión cuando nuestra capacidad técnica parece confirmar ese poder? Quizás solo algo radicalmente mayor que nosotros —“un dios”, en palabras de Heidegger— pueda hacernos experimentar que no somos el centro ni los dueños de la realidad y, así, abrirnos a otros modos de verla y habitarla. Si pensamos en la inteligencia artificial como un poder que nos sobrepasa, aparece un interesante paradoja: la misma capacidad técnica que parecía confirmar nuestro dominio termina revelando sus límites. Y justamente ahí puede abrirse una oportunidad.

Que aprovechemos o no esta oportunidad se pone a prueba en la manera en que respondemos a los evidentes riesgos de la inteligencia artificial. ¿Es suficiente responder a la técnica solo con más control? Al intentar controlarla técnicamente, corremos el riesgo de reforzar la lógica que queremos limitar. Incluso el ser humano puede terminar como una pieza más del sistema, reducido a supervisar que todo siga funcionando. El camino parece exigir, más bien, que las regulaciones que cierta mente necesitamos nazcan de una mirada amplia, que considere no solo eficiencia, seguridad y control, sino también otros modos de comprender al ser humano y el mundo que queremos habitar. Heidegger no tenía dudas de que la técnica seguiría su curso. Sus planteamientos nos muestran que la cuestión fundamental es, más bien, cómo lo recordaremos. Estamos a prueba.

“Quizás solo algo radicalmente mayor que nosotros pueda hacernos experimentar que no somos el centro ni los dueños de la realidad”.